

EL LICEO DE GRANADA

REVISTA QUINCENAL

DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

AÑO I.

1.º de Agosto de 1869.

NÚM. 9.

ESPAÑA

EN TIEMPO DE AGUSTO.

INTRODUCCION.

La ocupacion de la Galia Transalpina por el triunviro Octavio, inspiró fundados recelos á Marco Antonio, que se dirigió contra aquel para vindicar sus derechos, apagándose algun tanto el fuego de sus respectivas ambiciones con el repartimiento de las provincias, que dió á Octaviano el gobierno de la Dalmacia, las dos Galias, la España y la Cerdeña.

Los españoles recibían con indiferencia todo cambio de personas en las magistraturas de la República, á causa de las torpezas y concusiones de sus gobernantes, de la codicia insaciable de sus dominadores y de las luchas civiles que tanta sangre habían derramado por su fértil suelo, agotando al par que los veneros de la pública riqueza, los elementos morales de las naciones, que son los que constituyen el tránsito al verdadero progreso y á la mas brillante civilizacion.

Esto, no obstante, las medidas gubernamentales que Octavio adoptó en pró de los intereses de nuestra península ibérica, confiando la direccion del país á magistrados ó especie de prefectos, que han sido considerados por algunos criticos, como superintendentes civiles y militares, encargados al mismo tiempo del gobierno y de la administracion, le atrajeron las simpatias de los habitantes de España, aunque recelosos y desconfiados por los engaños recibidos.

La lucha entre los dos émulos del poder absoluto de Roma, se hacia cada vez mas inminente, cuando los cerretanos, que habitaban la Cerdeña, se sublevaron en favor de Bogud, rey mauritano que habiendo tomado el partido de Antonio, fué vencido por Bocco, defensor de Octavio, y oponiéndose aguerridos á las fuerzas del pretor Cn. Domicio Calvino, las diezmaron, si bien es cierto que fueron sujetos despues de algun tiempo y rñidos combates.

El gobierno de Cn. Domicio Calvino y de los prefectos que le sucedieron, fué continuacion de la política egoista de sus antecesores, y no ocurriendo nada importante bajo su férreo yugo, con respecto al bienestar de los españoles, dirijamos nuestra mirada al término de la gran batalla de Accio, á las consecuencias que habia de producir á nuestra patria, por la elevacion al imperio romano de aquel jóven triunviro, de aquel Octavio á quien aclamaron los pueblos con el gran dictado de *Augusto*.

I.

Al estudiar la historia de la humanidad, vemos á través del portentoso encadenamiento de los hechos, una razon superior que los vivifica, una armonía que los enlaza provechosamente y un efecto sublime de la luz increada que ilumina, rige y gobierna el mundo y el espacio. Unas veces, los pueblos abatidos por sus vicios, ignorancia, ó estado salvaje, elevándose á la cumbre de la civilizacion; y otras, perdiendo entre desastres, guerras, calamidades y aflicciones su poderío y grandeza, quedando sumidos en la barbarie, ó desapareciendo de la faz de la tierra, como sombras que van disipando los resplandores del sol. «*Ley fatal de la humanidad*, como ha dicho muy bien un escritor contemporáneo, (1) que cada paso hacia un bien respectivo ha de ir precedido de una serie de males, y de una cadena de angustias y de dolores! Y aun se ha de agradecer, si tras un siglo y otro de tragedias se encuentra al fin un Augusto.»

En efecto, los españoles que por su amor á la independencia habían sostenido por cerca de doscientos años cruda guerra con las huestes romanas, ofreciéndonos hechos tan notables como los de Indibil y Mandonio, heroicidades como la de Numancia, é invictos capitanes como Viriato, no podían por menos de considerar á Octavio elevado á la autoridad suprema con el nombre de Augusto, como una esperanza segura para la patria, al recordar entre otros merecimientos, los magistrados que

(1) Lafuente Hist. Gral. Esp. T. 1.º

nombró siendo triunviro, mejorando algun tanto el gobierno de la península, la guardia española que para la seguridad de su persona había formado á imitación de César, el haber elegido cónsul en contra de las costumbres de Roma, á Lucio Cornelio Balbo, natural de Cádiz, que obtuvo los honores del triunfo, y por último, el haber declarado á España tributaria de la capital del orbe, colocando á los pueblos de aquella region bajo las mismas leyes de la metrópoli. (1)

Octaviano, con un talento superior para sacar provecho de todas las circunstancias que le rodeaban, fué pasando por todas las magistraturas republicanas, como representante de la autoridad del Senado y de los derechos del pueblo y del ejército, fundando así su poder sobre las bases mas propias para la concentracion de la autoridad suprema, que habia de producir la fusion de los elementos dispersos, la consolidacion de la paz que tanto se deseaba, y posteriormente el despotismo de los emperadores que le sucedieron.

En España se transforma, por consiguiente, su organizacion política y civil. Recibe de manos de Augusto un gran impulso hacia la unidad, cesando las múltiples diferencias nacionales que separaban á sus habitantes, y constituidos en cuerpo de nacion bajo el poder de un solo hombre, ilustranse las clases populares, corríjense los abusos de los gobernantes, se cultivan y progresan las letras, artes y ciencias y asimilanse las leyes, usos y costumbres de los españoles á los del pueblo romano.

El poder de Augusto fundamentado en la fuerza, se habia de consolidar mucho más, si se creaba un ejército permanente, ya para la defensa de las fronteras, ya para mantener la seguridad en lo interior. Aplicóse, por tanto, á granjearse el afecto de los soldados, á disciplinarlos, á recompensar los servicios militares, á sofocar las pasiones y aidez de los jefes y soldados, á quienes señaló un sueldo fijo, coartándoles la licenciosa libertad que disfrutaron en los tiempos de Sila y Marco Antonio, castigando con pena de muerte á los oficiales que abandonaban su puesto, diezmando las legiones que huían ó se desordenaban, y disolviendo las que se lanzaban por el espinoso campo de la insurreccion.

Distribuye las veinticinco legiones que mantuvo en pie de guerra, señalando tres á la España, y es tanto mas significativo este hecho, acreditándose la confianza que tenia en la sumision del país, cuanto que designó cuatro

para custodiar las márgenes del Danubio, y ocho para las del Rhin, donde los romanos casi nada poseian, y que para la simple vigilancia de las fronteras eran fuerzas muy superiores comparadas con aquellas.

Hízose, por entonces, (27 años antes de J. C.) la division de la España en tres provincias: la Tarraconense: la Lusitania y la Bética, cediendo esta al Senado, como pacífica y sumisa, y gobernada en virtud de esto, por pro-cónsules representantes de la autoridad civil; y reservándose las otras dos, denominadas imperiales, defendidas por sus legiones y administradas por delegados de nombramiento suyo, que ejercian por solo un año la autoridad civil y militar.

En esta division política y civil de las provincias del imperio, ven algunos historiadores un acto de deferencia y respeto hacia el Senado; segun otros, es considerado como division geográfica y no política; y otros, con mayor fundamento, teniendo en cuenta la distribucion general de las provincias romanas, el plan político de Augusto, y el fin á que constantemente aspiraba, como un medio de robustecer su autoridad, debilitando la del Senado, que quedaba bajo su amparo, y ser en realidad el árbitro y dueño de los mismos territorios provinciales que encomendaba á aquel cuerpo, por cuanto dependian únicamente de su voluntad todas las fuerzas militares del imperio.

Consistiendo las rentas públicas durante la república, en tributos (1) que los cuestores recaudaban, los pro-cónsules favorecian los abusos á que se prestaba su exaccion, pues estos y aquellos, despóticos y venales, aspiraban solo á enriquecerse, siendo la península el blanco de sus pasiones rapaces, y la guerra por consiguiente el estado normal de Roma desde su fundacion; y aunque voces elocuentes como las de Escipion y de Caton se levantaron en el Senado, consiguiendo que se suprimieran las preturas, que se nombrase un pro-cónsul para representar á Roma en España, que las ciudades tuviesen el derecho de fijar por sí mismas no solo las cuotas, sino tambien la naturaleza del tributo, su manera de recaudacion, el derecho de acusar á sus depredadores y otras disposiciones analogas, fueron de todo punto inútiles, porque la corrupcion partía de la misma capital romana, encarnaba en su constitucion social y política, y sus representantes eludiendo los preceptos legales, é inventando otros impuestos para saciar sus miras

(1) En esta solemne incorporacion principió el sistema cronológico para la España, que se conoce con el nombre de Era de Augusto ó Era Española, por haber quedado reducida casi toda la península á la dominacion de César Octaviano, (38 a. J. C.)

(1) Por este tiempo hubo los siguientes: «capitacion» ó tributo por cabezas; la vigésima parte de los granos y la décima del vino y aceite y otros frutos; y por último, el «veetigal certum» ó contribucion fija que se pagaba por los bienes y propiedades.

codiciosas, había de resultar necesariamente, que reapareciesen al poco tiempo los mismos abusos, quedando tan útiles y benéficas resoluciones senatoriales en completa inobservancia.

En tal estado encontré Augusto la administración pública de España; y en su consecuencia, para estirpar los vicios de que adolecía, emprende la reforma de tan injusto sistema con el previo conocimiento de las riquezas de la nación. Formóse un catastro y a él siguió un nuevo orden de contribuciones; (1) nombró procuradores encargados de refrenar toda extralimitación de poderes, y con facultades para vigilar la distribución y cobranza de los impuestos; fijábalos el emperador, así como los sueldos de los gobernadores; y prohibiéndoles ningún género de subsidio como acostumbraban al terminar su magistratura, permitiéndoles únicamente recibir obsequios de las mismas provincias, cuando agradecidas á sus servicios, lo hicieran espontáneamente trascurridos setenta días de su salida del territorio.

ENRIQUE BORREGO PRADA.

(Continuará.)

VANITAS VANITATUM.

(EN LA PRIMERA HORA DEL AÑO 1869.)

Es media noche: la campana suena del vecino reloj, triste y pausada: parece que habla, con profunda pena, al alma del mortal atribulado.

De esa campana el último sonido marcó de un año el último momento, de un corazón el último latido, y el último fulgor de un pensamiento.

Cada instante devora una existencia y otra produce de la especie humana!... La eternidad, con loca incontinencia, por destruir y por crear se afana!...

¡Las doce son!... Un año la memoria llena dejó de grandes amarguras!... Tal es del mundo la funesta historia: tal la misión en él de las criaturas.

Pasó el año que fué, la edad sumando del viejo tiempo, rey de los vestiglos, y pasará este siglo, coronando la suma misteriosa de los siglos.

Desde Adán hasta mí ¿qué es lo que media? un instante no más; ¡yo soy su hijo! Del Paraíso á la fatal tragedia dióse en Patmos á Juan término fijo!...

Historia la una fuente de dolores: vision la otra río de venganzas; horror son de los tristes pecadores y de los justos dulces esperanzas.

El pasado y futuro representan el momento no más que los enlaza y, sin embargo, los mortales cuentan por siglos la existencia de su raza.

Y al porvenir se entregan confiados como si de él tuvieran ciencia y llave, ó se mofan de Dios desesperados con torpe insulto y con blasfemia grave!

¿A dónde van? ¿Qué son? ¡Átomos leves que la insondable inmensidad absorbe, y de la eternidad alientos breves que con rápido afán cruzan el orbe!

Miríadas de ellos, á los cuatro vientos del cielo, edificaron mil ciudades fuertes, maravillosas... ni cimientos quedaron que admirar á otras edades!...

Menfis, Cartago, Atenas, Macedonia ¿dónde están? ¿Y Nemrod? ¿Y el fiero Ciro? Nínive, la Caldea, Babilonia polvo son ya, como Segor y Tiro.

De Bethulia los muros derrumbados: el templo de Salem haz del desierto: los pueblos de Pentápolis, quemados, limo y fétida escoria del mar muerto!

Moisés, Confucio, Budha, Tao, Mahoma, teógonos son, y ¡semi-dioses fueron!... Los templos de Irminsul y aras de Soma como niebla aventada se perdieron!

Dólmenes, circos, acueductos, termas, repúblicas, imperios, leyes, ritos,

(1) Los tributos imperiales se dividían en ordinarios y extraordinarios, siendo los principales: el derecho de patentes, ó licencias para el ejercicio de las industrias; el derecho de consumos, sobre las sustancias que se vendían; el de puertos; el de hipotecas; el suntuario; el «postorium», etc.

escombros son de las campiñas yermas
y nombres vanos ú olvidados mitos.

La voz de los soberbios Faraones
fué ley del mundo, y derogóla Grecia:
Roma tornó en provincias las naciones,
hija de Lobos, madre de Lucrecia.

Atila desde el alto Boristenes
trajo hasta el Tiber su salvaje tropa,
y de su triunfo conservó en rehenes
las mil ciudades de la esclava Europa.

Del Atlas y el Magreb las atezadas
razas bajaron con brutal encono,
y á Don Rodrigo, en Guadalete, airadas
hundieron con su raza y con su trono.

Del Coran y el magnífico Evangelio
la formidable lucha se prolonga,
hasta que brilla espléndido en su afelio
el astro celestial de Covadonga.

Desde Pelayo hasta Isabel primera
lucha sangrienta de exterminio y muerte:
cae el Islam y el Cristianismo impera:
triunfa el humilde del soberbio y fuerte.

»¡Non plus ultra!» el orgullo grita vano
de Alcides en el Pórtico leyendo:
Colombo borra el *Non*, y el Occéano
cruza »¡Plus ultra!» altivo repitiendo.

Y la América brota de los mares
como el sol al nacer, virgen y hermosa:
ciencias, costumbres, idioma, altares
recibe para hacerse poderosa:

Y la América en lides intestinas
consume su poder y su riqueza,
y en hecatombes fúnebres y ruinas
vé convertida su feraz grandeza!...

¡Humanidad! ¡Humanidad! ¿Qué loco,
qué turbulento frenesí te exalta?
Para tu perdicion te falta poco:
para tu salvacion ¡cuánto te falta!

¡Humanidad! ¡Humanidad! Evita
que Satanás te venza y asalarie;

que, si al mundo ves solo, irás maldita
de progreso en progreso, á la barbarie!

Espíritu y materia fundamentos
son de tu ser: la esencia y la sustancia:
fé, razon y organismo. ¿Qué elementos
de estos tres menosprecia tu arrogancia?

¿La fé? Pues morirás de horror y tédio!
¿La razon? Pues vendrás al fanatismo!
¿El organismo? ¿Y cómo, si es el medio
de tu existencia real ese organismo?

Sugeta estás, Humanidad finita,
á esas tres condiciones: son tu esencia:
si nó, fueras eterna é infinita
y como la de Dios tu omnipotencia.

Fueras libre y perfecta: de tí hechura
el universo todo: tú infalible:
ser y abstraccion: creador y criatura:
Dios de tí misma... ¡Sacrilegio horrible!!

¡Humanidad! ¡Humanidad! La tierra
y el cielo en pos conforman tu destino.
Para algo vives y por algo encierra
tu ser el rayo de intuicion divino.

Piensa, analiza, estudia, perfecciona
tu manera de ser, la ley del mundo;
mas espera y cree en Dios: ama y perdona,
y Dios tu sacrificio hará fecundo!

Que no hay verdad contra él: no hay existencia
contra la suya: no hay fuera del mismo
ni luz, ni bien, ni paz, ni amor, ni ciencia:
¡Vanitas vanitatum!... ¡El abismo!!

¡Humanidad! ¡Humanidad! La vida
es un valle de lágrimas! La muerte
es la restitution de la perdida
paz de las almas para el alma fuerte!

Depon tus iras: tu soberbia mata:
la luz del cielo y el favor implora:
trabaja y sufre, y la verdad acata
del Invisible, que tu ciencia ignora!

JOSÉ SALVADOR DE SALVADOR.

LA REBELION DEL ALBAICIN.

EPISODIO DE LAS GUERRAS DE GRANADA.

(CONCLUSION.)

XIV.

Largo consejo celebraron los arzobispos y el general, sin poderse convencer mutuamente; por que Cisneros, a todo trance, quería el inmediato castigo de los rebeldes moriscos; el Conde optaba por la fuerza empleada prudentemente, en combinacion con las buenas razones, Talavera, inspirándose en el dulcísimo espíritu del Evangelio, decía:

—Yo soy quien debe ir solo, abrazado á Cristo y guiado por su cruz, a hablar con los amotinados; mi voz, que todos conocen, es la única que oirán benevolos, y estoy seguro de que les hará entrar en sus deberes, por ellos tristemente olvidados en un instante de exasperacion y delirio.

—Mal conoce V. R. á esos duros y empedernidos infieles. Así decía, con íntima convicción, Cisneros.

—No es á V. R., replicaba Tendilla, á quien toca reprimir el tumulto; esa es mi obligacion, y yo la cumpliré como Dios á entender me diere; sin extremar la violencia, pero sin presentarme desarmado, ni parecer débil á los enemigos.

—Aqui no hay enemigos—esclamó Talavera en un arranque de santa inspiracion—sólo hay ovejas extraviadas, cuyo pastor yo soy; yo sólo: tócame, pues, ir en su busca y volverlas al redil.

—Creo, señor arzobispo, que lo que V. R. va á buscar es la muerte.

—Hágase la divina voluntad: el buen pastor debe dar la vida por sus ovejas.

Fr. Hernando se adelantaba cerca de cuatro siglos al heroico arzobispo de París, el ilustre Monseñor Affre, que sin duda tuvo igual pensamiento al saltar sobre la formidable y sangrienta barricada en que espiró predicando la paz, con ambos brazos extendidos y bendiciendo á los que colocaron en su venerable cabeza la corona de los mártires.

Entre tanto, la noche cerró oscurísima, y ya no fué posible intentar ni el asalto, que hubiera querido Cisneros, ni otra operacion alguna que tuviese proyectada ó dispusiera el conde: hasta el mismo Talavera se resignó á esperar el día siguiente para llevar á cabo su cristiano propósito.

Retiráronse, pues, los que de la Alcazaba y la ciudad habian ido al Albaicin; mas, con

asombro de Ramiro, quedó en éste Gonzalo. Su intencion, que tal vez pudo inquietar un instante á su esclava de otro tiempo y al que fué su mozo de labor, nada tenia que ver con los honrados esposos que habitan aquel precioso cámen.

Apenas se hubieron ido los arzobispos y el general, con los soldados y toda la comitiva de Tendilla y Cisneros, el orgulloso Gonzalo, el antiguo Zegri Azaator, de régia estirpe, se acercó al primer parapeto de la improvisada defensa interior del Albaicin, que estaba en la plaza Larga; y tocando en una trompeta, que llevaba escondida debajo de su ropa, un aire particular muy conocido de los moros, consiguió que le admitiese á parlamento el jefe de aquel punto.

—¿Quién eres, que vienes solo?

—Solo vengo, á conferenciar, si te place, contigo y los tuyos; para vuestro bien, que ardientemente deseo y espero proporcionar. Soy Gonzalo Fernandez.....

—¿Tú Gonzalo Fernandez de Córdoba!

—Te engañas. Llevo, en parte, su nombre; porque quiero conservar la memoria de un desafío que con Gonzalo, el gran Capitan de los cristianos, tuve algunos años hace; pero el mío es actualmente Gonzalo Fernandez Zegri.

—¡Ah! ¿Luego eres el Zegri Azaator?

—Ese soy; vengo.....

No concluyó la frase, y su intencion quedó velada por las eternas sombras de la muerte: una flecha le atravesó el corazon.

—Esto hacemos con los *elches* (renegados) dijo en el parapeto con estentórea voz, un moro; bajando, al mismo tiempo, una ballesita que acababa de disparar.

XV.

Pasaron hasta diez días despues de los sucesos que referidos quedan en los capitulos anteriores.

El ministro Cisneros, por más que le aguijase la impaciencia y le mordiese la ira, se habia rendido á las prudentes razones del capitan general de Granada, y dejaba á éste obrar en lo que era de su competencia indisputable; mayormente desde que una turba de moros rebeldes le acometió y tuvo como sitiado en la Alcazaba; pues aunque ni por un instante le impuso miedo aquella inverosímil agresion, que consternó á sus familiares y servidores, le hizo reflexionar.

Manteníase Tendilla, con el valor tranquilo y la razon serena de un caudillo bravo y experto, en la línea de conducta que desde luego se trazó; parlamentando con los rebeldes del Albaicin, dándoles tiempo para que se rindieran fiados en su misericordia; dicién-

doles con repetición que no abusaran de su clemencia, por que se le iba acabando el tesoro de su bondad, y ya tenía todos los medios, con que al principio no contaba, para vencerles y escarmentarles.

Una mañana le llevó un escudero la noticia de que el piadoso arzobispo Talavera, siempre solo con un capellán, si bien abrazado á su santo Cristo, y guiado por su cruz, estaba en el Albaicín, en el cármén de Ramiro; y temeroso el general de las consecuencias que pudiera tener aquel arrojo del anciano sacerdote, acudió presuroso, con una fuerte escolta de hombres de armas, probados, leales y valientes.

No halló en el cármén á sus dueños, ni al arzobispo; una vieja servidora de María le informó de que todos habían ido á la plaza Larga: corrió allá, inquieto y presuroso, y llegó á tiempo de presenciar, asombrado y conmovido, la escena siguiente:

Una informe y apiñada multitud rodeaba al venerable prelado, sucesor de San Cecilio; cuya cabeza encanecida destilaba el honrado sudor del trabajo, no tanto impuestó cuanto concedido por Dios al hombre, que parecía el agua trasparente que descien- de brillante de una alta cima coronada por la nieve, y á la cual presta el sol su regio- manto y su magnífico dosel.

De la boca del arzobispo, dulces como la miel de las abejas, brotaban fáciles y abundantes palabras de amor, consuelo, paz, olvido, perdón, indulgencia, esperanza y caridad: palabras cuyo efecto condensó Mármol en estas otras: «Ved, pues, cuánta fuerza tienen la virtud y la templanza, que así como le oyeran los moros, olvidando el rigor y la saña que tenían, le dieron humildes y sumisos la paz; besándole la falda de la ropa, como solían cuando no estaban agitados.»

Tres personas se adelantaron: Ramiro, María y la conocida por Castañuelas, que pedía el bautismo á voces, y apadrinada por aquellos, los cuales garantizaron su fé, le obtuvo inmediatamente, con el nombre de Fernanda.

Su ejemplo corrió, como una descarga eléctrica, por toda la estremecida muchedumbre: á gritos y con lágrimas imploraron igual favor todos los moros, poco antes rebeldes y obstinados; ya sumisos y convertidos.

Cincuenta mil se bautizaron en aquella ocasión, y todavía Bernaldez, el cura de los Palacios, hace subir á setenta mil el número de los regenerados; aunque Lafuente dice, comentando el hecho de que no duda, que difícilmente se podía esperar ni suponer fuesen sinceras todas estas conversiones.

El conde de Tendilla, maravillado por lo que veían sus ojos y su razón tardaba en comprender, hizo retirar á sus alabarderos; y qui-

tando de su noble cabeza el gorro de grana que la cubría, le arrojó en medio de la plaza; dando, con esta acción, juntamente, seguro y placeme á los moriscos, ya perdonados por Talavera.

Un grito, de muchos miles de voces que decían: «¡vivan por largos años nuestro *santo Alfaquí* y nuestro general, el bien amado caudillo de la Cruz!»—llenó el espacio y condujo hasta Cisneros la fausta nueva de cómo había terminado dichosamente, del más extraño é increíble modo, la rebelión del Albaicín.

XVI.

Algunos años después, la pragmática de Sevilla, 14 de febrero de 1502, expulsó de nuestra patria á los infelices moros; así como no muchos antes habían sido expulsados también los industrioses judíos por el famoso edicto, que ahora acaba el gobierno español de revocar y que verdaderamente ya se hallaba en completo desuso.

Más adelante, 19 de setiembre de 1517, el joven nieto de Maximiliano de Austria y de los Reyes Católicos, desembarcó en Asturias, en el pequeño puerto de Villaviciosa. El insigne cardenal Jimenez de Cisneros no pudo ir á esperarle, como hubiera querido, en la misma playa; porque, cargado de años y de servicios, el regente del reino enfermó cuando ansioso marchaba, con paternal solicitud, en busca de su querido soberano, para entregarle fielmente un completo embrión de la fuerte y poderosa monarquía de Carlos V. A duras penas, pasó de Aranda del Duero, anheloso de llegar á la villa de Mojados, cuatro leguas más allá de Valladolid; pero no pudo sino avanzar, con muchísimo trabajo, hasta Roa.

En este lugar, dice la historia con su severa verdad, recibió el cardenal una carta del rey, la cual se ha hecho famosa como uno de los más elocuentes ejemplos de fría, desdeñosa y pífida ingratitud: carta cuya lectura le hizo tan honda sensación, hirió tan vivamente el alma del pundonoroso y noble prelado, que éste murió á los pocos días; teniendo parte igual en su fallecimiento la grave enfermedad que le aquejaba, y el terrible desengaño, que inesperadamente sufrió, de lo mal apreciados que fueron sus esfuerzos colosales y sus heroicos sacrificios.

¿No es, tal vez, una cosa providencial que al inflexible cardenal político, que se salió de su órbita y fué ministro de la fuerza, matase la injustísima y violenta repulsa de un ingrato monarca; en contraposición—por esos contrastes tan admirables y sublimes que la historia nos ofrece—con el humilde y dulce, benigno y caritativo, paciente y bienhechor ar-

zobispo de Granada, ante cuyas amorosas palabras y cuyo llanto generoso, cayó á sus piés, agradecido y sin humillacion, un pueblo entero?

¡Ah! La ley del derecho no es la ley de la fuerza; mejor dicho, el derecho y no la fuerza, es la ley del sér dotado por Dios de conciencia, entendimiento, razon y libertad.

NICOLÁS DE PASO Y DELGADO.

Á LA JUVENTUD.

Revolviendo, anteanoche, papeles viejos, hallé, versificados, estos consejos.

Pueden utilizarse, sin compromiso, ó al menos, por lo breves, servir de aviso.

Pues nadie sabe
si una puerta cerrada lo está con llave:

O por antojo,
si además de la llave tiene un cerrojo.

Y es conveniente
que estemos prevenidos á un accidente.

I.

Una flor es la joven: y es la hermosura, el vestido de gala que menos dura.

La vida de las flores es vida breve, y las aja el contacto de un viento leve.

Entre todas las bellas la más galana, dura sólo el espacio de una mañana.

¿Por qué tienen las flores vida tan corta? Os lo diré muy claro, por que os importa.

La flor que se envanece de más bonita, es la que más temprano se aja y marchita.

Si de amada y amante, también presume, el amor la arrebató todo el perfume.

Porque las flores aman con sentimiento; pero su amor dedican al sol y al viento.

Fuego el sol, vence al fuego de los volcanes: y del viento se forman los huracanes.

¡Niñas y flores!
no deis al sol ni al viento vuestros amores.

II.

Un joven es un barco que anda á la vela y aunque el viento no sople corre que vuela.

Es una gaviota, por lo ligero;
¡y qué presto lo sacan del astillero!

Marcha sin otro auxilio que la esperanza; pero ¿quién le detiene, ni quién le alcanza?

¿Llegará sin percances á la otra orilla?
La respuesta es difícil, y al pár sencilla.

Si cruza valeroso los anchos mares, con el recuerdo vivo de sus hogares: sin olvidar al paso por un momento, que la virtud es norma del pensamiento: que la honradez es guía cierta y segura y el saber una llama que no se apura; la experiencia una planta que tarde brota, y el trabajo una fuente que no se agota:

Tenga por cierto
que más ó menos pronto, llegará al puerto.

La juventud no olvide, ni un sólo instante, estos consejos dados en consonante;

que aunque inconexos,
pueden utilizarse por ambos sexos.

El que llegue á seguirlos, yo le aseguro, que evitará en la vida más de un apuro.

Y hallará sin esfuerzo, con evidencia, limpios de toda mancha cuerpo y conciencia.

¡Que os dé el capricho
de convertir mis versos en prosa! He dicho.

A. RUIZ.

AMOR IMPOSIBLE.

¡Qué gozosa mañana! ¡Cuán alegre!
¡El sol triunfante elevase al cenit!

No hay en el ancho espacio ni una nube...
¡Y en nuestras almas sí!

Fúndese el hielo, resplandece el aire, brillan los campos á la luz del sol...

Todo ríe en los cielos y en la tierra...
¡Y nuestras almas nó!

Vendrá la primavera, y sus halagos no negará á los bosques ni al pensil,

ni á las aves, ni al aura ni á las flores...
¡Y á nuestras almas sí!

Todos los seres que el amor inspira, libres y ufanos gozarán su amor...

Todos cólmado mirarán su anhelo...
¡Y nuestras almas nó!

P. A. DE ALARCON.

SUEÑOS DE GLORIA.

CUENTO MORAL.

Dichoso tiempo y dichosa edad aquella en que puede el hombre dedicar su pluma á la hermosa mitad del género humano sin tocar en el ridículo, antes bien como cosa natural y propia de la juventud. Pero este tiempo ya pasó para mí; y desgraciadamente, aunque tenga muy buenos deseos de hacerlo, no esperéis os dedique, bellas lectoras, ni finas galanterías, ni almivaradas frases, ni elogios á vuestros encantos, sin que por eso deje de admirarlos en mis adentros: sólo me es dado ya dedicaros algunos consejos ó presentaros algún ejemplo moral, que tal vez no necesitéis, con las pretensiones de que vuestra complacencia los acepte sin disgusto. Con esta esperanza os relataré un cuentecito, sólo para vosotras, cuya fábula pertenece á Mr. Henri Nicolle. Empiezo, pues, sin más preámbulo.

I.

En una reducida habitación de un tercer piso vivían dos hermanas. La mayor se llamaba María: era morena, seria y reflexiva. La segunda tenía por nombre Victoria: hermosos bucles rubios adornaban su picaresca fisonomía y veíase constantemente la sonrisa en los hoyuelos de sus rosadas mejillas. Ambas hermanas habían perdido á sus padres, que les dejaron por única herencia la aguja, y los conocimientos necesarios para servirse de ella. Su vida, pues, estaba dedicada al trabajo, en el que especialmente se distinguía María, viéndose precisada con frecuencia á estimular á su hermana á que madrugase, cosa que, en verdad, no siempre era fácil de conseguir.

El cuarto en que vivían daba al patio de la casa, en cuyo piso principal habitaba una célebre cantatriz que hacía por entonces las delicias de los aficionados al arte. Cada vez que Victoria oía sonar el carruaje sobre el pavimento, se asomaba á la ventana á contemplar la elegante dama que lo ocupaba

y se decía á sí propia, cuán dulce sería tener una carretela, hermosos caballos, ricos trajes y lacayos con librea.

María entonces, le tiraba del vestido, llamándola loca con acento de tierna reconvencción; porque Victoria, siempre que hacía estas reflexiones sobre la riqueza, se ponía triste y pensativa, volviéndole únicamente la alegría, la voz de la inquilina del piso principal que ejecutaba alguna pieza de canto: sólo entonces parecía reanimarse y entonaba á su vez sus modestas y sencillas canciones, procurando imitar los aires de la célebre cantatriz.

Una mañana llamaron á la puerta.

—Entrad, dijo Victoria después de abrir y sentándose de nuevo.

Una mujer, doncella de la cantatriz, apareció en el dintel.

—Señoritas, dijo; la costurera de mi señora no ha parecido hoy, colocándola en el grave compromiso de no poder servirse de un traje que tiene precisión de ponerse esta noche; y me envía á suplicar á alguna de ustedes, cuya habilidad le han ponderado, vaya á terminar la obra que la costurera tiene comenzada.

María aceptó la invitación; pero conociendo que Victoria se moría de envidia por seguir á la doncella, la propuso ir en su lugar.

Victoria hizo precipitadamente los preparativos necesarios; tomó el dedal, sus mejores agujas, y echando una mirada al espejo, dijo abriendo la puerta:

—Pase usted, señora; ya la sigo.

Cuando volvió Victoria era aun bastante temprano, y su hermana estaba cosiendo todavía.

—Deja esos chismes, exclamó Victoria, tirándole locamente la costura; no trabajes más, el día ha sido mejor de lo que podía esperarse. Mira, mira qué hermosas medallas! dijo levantando en alto entre sus dedos dos napoleones.

—Treinta y ocho reales! Es posible? exclamó María.

—Sí; yo los he ganado: y como ahora somos ricas y las personas de esta clase no pasan las noches como las costurerillas de á

tres reales, nos vamos al teatro, á las butacas, y sin que nos cueste un maravedí. Hé aquí los billetes.

Y Victoria ostentaba alegremente en su mano unos pedacitos de cartulina.

—Pero, Victoria, qué quiere decir todo esto?

—Esto quiere decir, que la señora de abajo canta esta noche y quiere que yo la oiga, para que le diga lo que me parece su voz. No tenemos más que el tiempo preciso para vestírnos y echar á andar.

—Pero nó comemos?

—Ya comeremos. Necesito ponerme algunas flores en la cabeza y pegar un lazo en el vestido. Despáchate tú pronto que nó se nos haga tarde.

—Pero no podemos ir solas! Dijo María cuya razon le impedía participar por completo de la alegría de su hermana.

—Me tienes por una loca, replicó Victoria herida en su susceptibilidad, para no haber pensado en ello?

—Espíciate, pues.

—Pues bien, escúchame.

Y mientras arreglaba la mesa despues de coser su vestido y terminar su tocado, yendo y viniendo por el cuarto, contó á María lo siguiente:

—Cuando llegué casa de la vecina, se trataba de concluir un vestido de terciopelo, abierto por delante y adornado con un gran peto de pedrería. Un vestido de reina en una palabra: es una maravilla. Me pusieron á trabajar en un gabinete ricamente amueblado: no hay en él ni una silla, María, nada más que banquetas y butacas; pero qué butacas hermana mía! Se hunde una en ellas; y qué cómodamente se está! En fin, pasada la primera sorpresa me puse á trabajar ayudándome la señora. A poco llegó un caballero que parecía estar azorado, intranquilo, y á cada momento decía: con tal de que salga bien... mi suerte está en vuestras manos. Estais segura del éxito de la romanza? Quereis que cantemos de nuevo el duo? Y se pusieron á cantar al piano. Cuando concluyeron, el caballero se levantó saltando de alegría.

—Inimitable! exclamó, os deberé más que

la vida! y le tomó las manos, estrechándoselas con muestras de vivo reconocimiento.

Era el autor de la funcion de esta noche: el que ha compuesto la música.

Despues volvieron donde estaba yo, y mirándome trabajar me preguntó la señora:

—Eres tú, niña, la que oigo algunas veces cantar y repetir mis canciones?

Me puse como una amapola y le respondí que sí.

—Pues bien, me dijo; tienes una magnífica voz, y es lástima que no la cultives.

Pensé que se burlaba de mí, pero no, hermana mía, segun parece, mi voz es hermosa; y si yo quisiera dedicarme al teatro.... En fin, la señora se acercó al caballero, y despues de hablar un rato en voz baja, se volvió hácia mí diciéndome:

—Quieres cantar alguna cosa?

No supe qué responder, y el caballero replicó con un tono muy bondadoso.

Más tarde, cuando tenga más confianza con nosotros: por hoy, lo conveniente es que vea mi ópera.

—Es justo, replicó la señora, y asi podrás decirme qué te parezca en mi papel: hé aquí dos asientos; pues creo que tienes una hermana y que irá contigo.

—Señora, le dije, nosotras no podemos ir solas, sobre todo para volver tarde. Nuestro primo Juan es quien nos acompaña: si quisierais darle un asiento...

—Vaya para el primito Juan, dijo sonriéndose.

Y hé aqui, María, por dónde vamos á pasar una noche deliciosa entre la gente rica y elegante.

—Y cómo avisaremos á Juan? preguntó María, pues ya sabes que despacha tarde en el taller.

—Todo te parece un monte! cualquiera diría que no te gusta ir al teatro.

—Y por qué no? respondió María, pero de una manera que dejaba entrever que alguna cosa la preocupaba.

—Mira, no es sábado hoy? pues bien, su maestro le dejará salir á las seis y hasta la siete tiene tiempo de vestirse y arreglarse: en el teatro no se empieza hata bien entrada

la noche. Voy á avisarle, de camino que me llevo á la tienda á comprar la cena.

Victoria se acabó de arreglar precipitadamente, tomó una cesta y bajó corriendo la escalera, mientras que María pensaba en los días de trabajo que se perderían despues de esta noche de placer, si su hermana se aficionaba á tales distracciones. Y sin embargo, la pobre niña no lo preveía todo.

II.

Juan era un muchacho robusto, que habia concluido ya su aprendizaje y que ganaba un buen jornal casa de un ebanista.

Era el único pariente que tenían nuestras dos hermanas. Con estos tres seres se componia una familia entera, y se amaban con una dulce fraternidad. Se servían mutuamente: las primas le cuidaban y repasaban la ropa; y en cambio Juan aprovechaba los domingos y días de fiesta para reparar los muebles deteriorados por el uso, y acompañarlas á paseo.

Hemos dicho que se amaban con dulce fraternidad; y aun cuando esto sea exacto, tal vez entraba algo más del cariño fraternal en el que Juan profesaba á Victoria. María no lo ignoraba y se felicitaba por ello.

—Será un buen marido para mi hermana, decia para sí.

Es inútil decir que Victoria avisó á Juan, y que este fué puntual á la cita, siendo de los primeros que entraron en el teatro.

Se corrió por fin el telon al terminar la obertura del maestro que ya conocia nuestra costurera. El espectáculo era enteramente nuevo para los tres, lo que hacia que les cautivase vivamente la atencion. Pero mientras que María y Juan, seguían sin perder una palabra, todos los incidentes de la accion interesándose en el argumento, se adivinaba fácilmente que Victoria estaba preocupada de distinta manera.

A través del héroe ó la heroína, la pobre niña veía al artista. No perdía un gesto de la cantatriz cuyo vestido habia confeccionado aquella mañana, y los aplausos que le prodigaba el público la conmovían, produciéndole casi una fiebre abrasadora. Durante los en-

treactos, si su hermana ó su primo, con su sencillo entusiasmo, le decían: qué interesante es la ópera! ella respondía: qué hermoso es ser cantora y tener talento!

Al final de la representacion, los bravos y las flores hlovieron sobre la actriz, que fué llamada á la escena. Victoria se estremeció: algo extraño la atormentaba: se puso pálida y temblorosa.

Salió con su hermana, cojida del brazo de su primo, pero en realidad no iba con ellos: su imaginacion vagaba por otras regiones: por el país de los sueños y las quimeras, donde desgraciadamente la razon se pierde. A tal punto llegó su distraccion, que no comprendió la ternura con que su primo le decia:

—Me alegro mucho que esos dos amantes, al fin se hayan casado.

—Por qué, Juan?

—Porque eso me demuestra que todo es posible, y que más adelante podremos hacer nosotros lo mismo.

—Aplausos, flores, gloria ¡qué cosa tan hermosa es el talento! respondió ella siguiendo sus ideas.

Desde esta noche, para ellos memorable, continuó Victoria algun tiempo pensativa, sin querer responder á la inquieta solicitud de su hermana, que le preguntaba diariamente la causa de su tristeza.

Sin embargo concluyó al fin por decirle un día que estaban las dos sentadas ejecutando su labor:

—María, yo tengo medios de haceros felices, á tí y á Juan, y hacer al propio tiempo mi felicidad, realizando mi mayor ambicion. Sería muy culpable si desperdiciara la oportunidad de conseguirlo. Tengo una hermosa voz, y quiero adquirir el talento necesario para servirme de ella. Algun día me vereis aplaudida, como visteis aplaudir la otra noche á nuestra vecina.

Al oír María esta confesion, que habia presentado con espanto, hizo á su hermana una infinidad de observaciones, con las lágrimas en los ojos: llamó en su auxilio los principios religiosos; habló de la virtud, que es la riqueza del pobre; manifestó á Victoria lo agitado de la vida del artista, su felicidad per-

dida para siempre, la ruptura de sus proyectos modestos pero honrados. Despues recurrió á cosas más materiales. Cómo, durante los largos estudios que requiere el canto y el arte dramático, podria Victoria subvenir á sus necesidades? qué privaciones no tendria que imponerse? el trabajo solo de Maria, podria acaso ser suficiente para todo? Y esto, sin contar la miseria y las decepciones que podria experimentar en una carrera tan peligrosa.

Victoria, con el entusiasmo propio de la pasion, supo responder á todo. Maria no tuvo al fin que replicar y abrazó á Victoria, diciéndola:

—¡Dios quiera ayudarte en tu empresa! Sé feliz... y yo tambien lo seré.

Pero Maria aquella noche, mientras Victoria reposaba con sus dorados sueños, vertió más de una silenciosa lágrima.

Y Maria tenia razon. Pronto Victoria abandonó la aguja por completo: la fatiga y las vigiliás perjudicaban al desarrollo de su voz, necesitando por lo tanto un cuido y alimentacion más esmerados.

La cantatriz, causa de todo, artista de moda, teniendo interés en presentar una discípula, de cuya educacion musical contaba sacar gran partido, la prodigaba especiales cuidados. Convidábala á sus frecuentes reuniones, dándola así á conocer en el mundo de los artistas. Esto traia de suyo la necesidad de que Victoria variase sus trajes y que estuviesen mejor adornados; que renovase sus abanicos, sus guantes y las mil pequeneces precisas para alternar en sociedad: reuniéndose á todo esto la aproximacion del dia en que necesitaba un equipo completo, para presentarse por vez primera en un concierto formal.

Sin embargo, Victoria no ganaba un cuarto, al paso que gastaba demasiado; y este dispendio recaia sobre su pobre hermana, que no se atrevia á quejarse. Victoria acusaba de falta de corazon á Maria, cuando dejaba escapar alguna tímida observacion. Así, pues, ésta se imponia toda clase de privaciones y sufria en silencio. Esperaba, además, un tiempo mejor para Victoria, cuyos rápidos progresos prometian un feliz resultado.

Disculpábala tambien con Juan, que se lamentaba de la frialdad de su prima.

Es verdad que Victoria, acostumbrada á la rica habitacion de la cantatriz, encontraba la suya triste y á su primo bastante simple, comparado con los jóvenes artistas, que veia todos los dias.

Un domingo que Maria se paseaba sola del brazo de su primo, pues ya hacia tiempo que no les acompañaba Victoria, le dijo:

—Dios mio! si mi pobre hermana no lograra su objeto, se veria perdida: toda esa multitud de artistas le volverian la espalda, y se quedaria sin protectores, sin dinero, sin costumbre de trabajar, sin nada!

—Sin nada! replicó Juan; y nosotros? tranquilízate, Maria: yo no soy tan elegante, ni tan fino como esos músicos; pero en cuanto á corazon, no les tengo envidia.

III.

Llegó el dia del concierto. Nuestra célebre cantatriz debia tomar parte en él, y pretestando una indisposicion, ofreció su discípula en su lugar. La proposicion fué aceptada.

Victoria se presentó encantadora. La cantatriz le habia prestado sus diamantes; pero el traje de seda, los encajes, el prendido, el ramillete, sólo Maria sabia lo que costaban!

Sin embargo, la pobre niña no pensaba en ello. Sentada al lado de Juan, en aquel salon tan resplandeciente, tan poblado de elegantes damas, se encontraba intranquila y preocupada, y su corazon latia al par del de su primo. Ambos esperaban con ansiedad el momento supremo: la suerte de Victoria iba á decidirse.

Por su parte Victoria, sentada entre los artistas, sentia el temor apoderarse de su corazon, á medida que se aproximaba el instante de la prueba. Su protectora estaba á su lado, y la tranquilizaba, animándola con afectuoso cariño.

Llegó por fin el momento, tan temido y deseado por Victoria: su natural elegancia, su esbello talle, sus ojos azules y sus rubios cabellos, previnieron en su favor: comprendiendo la favorable acogida que se le hacia,

en el murmullo producido por su presencia, se tranquilizó completamente durante los primeros compases de la música. Adquirió confianza y su voz recobró el timbre y seguridad que temia le faltasen: fué dulce, tierna y sonora segun requeria el canto, y tuvo espresion y sentimiento: los repetidos aplausos que se le prodigaron, excedieron á sus esperanzas.

La cantatriz abrazó á su discípula: el director se acercó á cumplimentarla, augurándole nuevos y próximos triunfos. Fué una noche de imperecedero recuerdo para Victoria: sus dorados sueños, se habian realizado.

En vano María y Juan trataron de acercarse á ella: la multitud de artistas que la rodeaban y su natural timidez, fueron para ellos un obstáculo insuperable. Se volvieron solos, pero contentos, sin embargo, del éxito obtenido por Victoria. Su canto les habia arrancado lágrimas de alegría. Juan estaba casi orgulloso, al ver saludado de aquella manera, por los aplausos de la concurrencia, al objeto de sus más caras afecciones.

—Vuestros malos presentimientos han mentido, querida prima.

—Démos gracias á Dios, dijo María: su realización me hubiera hecho muy desgraciada.

Cuando llegaron á su casa, se apresuraron á preparar un refrigerio; un pequeño obsequio con que sorprender á Victoria cuando entrase.

Esta vino muy tarde: se dignó sonreír á la vista de estos preparativos, pero no tocó á cosa alguna: habia cenado despues del concierto.

María contuvo una lágrima pronta á desprenderse de sus ojos: Juan ahogó un profundo suspiro, y sin embargo Victoria no se apercibió de una cosa ni otra. El triunfo, aturde á las almas débiles, y las ciega sobre su propio mérito, exaltándolo hasta el punto de hacerles olvidar lo que deben á los demás: engendra el egoismo. Esto sucedió á Victoria.

Para conseguir un buen ajuste debió cambiar su nombre. Le habian dicho que una terminacion italiana sería de buen efecto. Llamóse pues, la señorita Victorini.

Debiendo debutar muy pronto, decia, los sacrificios que todavía tenia que imponerse María, serian los últimos, porque su sueldo vendria á subsanar lo perdido y á pagar todas las déudas contraídas.

Varias veces habia tomado parte en algunos conciertos, y sin embargo el día de presentarse en el teatro no llegaba. A cada paso habia inconvenientes que hacían sufrir mucho á nuestra reducida familia. Victoria, sobre todo, padecia horriblemente.

Entre tanto una cantatriz, rival de la protectora de Victoria; obtuvo un éxito que hizo palidecer las glorias de aquella. La antigua favorita del público se vió destronada por su rival, y no pudiendo resistir esta humillacion, rompió su escritura escandalosamente y se retiró de la escena, arrastrando en su caída el porvenir de la señorita Victorini.

A consecuencia de su título de protegida de la poderosa vencida, la pobre Victoria heredó todas las enemistades de la cantatriz. Despues de mil entorpecimientos, obtuvo por fin su presentacion en escena; pero la triunfante rival de su maestra se interesaba en su caída. Victoria, no encontró en el teatro ninguna simpatía. La modista tuvo descuidos en su traje y adornos, la peinadora estuvo desahogada con ella: se encontraba sólo, sin tener un amigo que la animase. Sentía su corazon desfallecer y estaba bañada en lágrimas, cuando, desconfiando de sí misma, tuvo que presentarse en escena. La glacial acogida del público acabó de turbarla. Estuvo sin voz, sin espresion, hasta sin memoria más de una vez.

La pobre niña entró sólo en su cuarto: no tuvo aplausos ni cumplidos, ni alabanzas como en el primer concierto. Salió del teatro misteriosamente, sin que nadie la dirigiese una palabra, ni siquiera un saludo. Comprendió que estaba perdida.

Debemos sin embargo consignar que el desgraciado éxito de Victoria no debe atribuirse únicamente á la falta de proteccion: del triunfo que consiguió en el concierto, no puede deducirse que tuviese un verdadero talento. Tenía voz é inteligencia musical; y dadas ciertas condiciones, como la influencia

del tiempo, la buena disposicion ó la impresion momentánea, y la simpatía del público, podian hacer un notable efecto: pero su organizacion, educada demasiado tarde, no se prestaba siempre de la misma manera á las exigencias del arte.

Si para Victoria podia ser halagüeño el dia presente, el siguiente seria tal vez menos que mediano. Una cosa es el artista de conciertos, que elige el dia y hasta el momento oportuno; y otra el artista dramático, que pertenece diariamente al público. Este no tiene que atender sólo á su canto: necesita además, ocuparse de su traje, del modelo que ha de copiar y de los personajes que toman parte en la accion. Victoria tenia alguna de las cualidades que reclama el teatro; pero falta de protectores, y habiendo tenido lugar en un dia desgraciado su primera salida, debió infaliblemente tener un mal resultado, y lo tuvo en efecto.

IV.

De vuelta á su humilde morada, logró contener algun tiempo sus lágrimas, por orgullo: su humillacion era grande entre aquellos á quienes habia desdeñado por un momento: pero el dolor la venció y se arrojó llorando en los brazos de su hermana.

Juan le tomó la mano y se la besó sin pronunciar una palabra: Maria la consoló haciéndole esperar su rehabilitacion en una segunda prueba. Estos dos excelentes corazones, eran demasiado generosos para dirigirle un reproche, ni aun para decirle la verdad de sus pensamientos. Cambiaron á hurtadillas una mirada que lo decia todo: para ellos, el porvenir de Victoria en el teatro, estaba perdido.

Victoria sin embargo, conservaba todavia alguna ilusion: volvió al teatro para hablar de su segunda salida, pero se le impidió ver al director, quien le contestó por medio de una segunda persona: esto equivalía á una repulsa.

Un caballero, que le dijo se interesaba por ella, le instó vivamente para que solicitara un lugar en los coros: le ofreció su protec-

cion en virtud de su bella cara, llamándola cariñosamente *niña mia*.

Pálida de desesperacion, temblando de vergüenza, con lágrimas en los ojos, y ahogándola los suspiros, Victoria dejó, para no volver á pisarlo jamás, aquel lugar, objeto en otro tiempo de todas sus esperanzas.

Subiendo las escaleras de la modesta habitacion donde antes habia vivido tan tranquila y feliz, parecía calmarse algun tanto: pero su mirada reflejaba un triste y sombrío pensamiento. Su hermana y su primo la esperaban en la puerta, pero ella no los vió: se detuvo al llegar á los últimos escalones, y despues, como si cediese á una idea fatal y largo tiempo combatida, se precipitó de nuevo por la escalera.

Juan adivinó su resolucion, y se lanzó en su seguimiento: la alcanzó, la tomó en sus brazos y la condujo al cuarto de Maria.

—Qué ibas á hacer, desgraciada? le dijo.

—Por realizar una quimérica esperanza, respondió amargamente Victoria, lo he sacrificado todo; y esta esperanza se ha desvanecido hoy para siempre! Por ella, he olvidado mi condicion, la amistad, los consejos de mi madre que está en el cielo, el pudor de mi sexo...

—Y Dios? murmuró dulcemente Maria, pensando en el acto que su hermana queria cometer.

—He olvidado el trabajo, continuó Victoria; y hoy, herida en mi amor propio, he ganado la vergüenza, el desprecio de todos, incluso el vuestro, que he merecido, condenando á Maria, y condenándome á mí á la última miseria...! y me preguntais qué iba á hacer?

—Hermana mia, mi buena hermana, vuelve en tí! gritó Maria asustada de la exaltacion de Victoria.

—Sí, querida mia, añadió Juan cogiéndole las manos; reflexiona un poco; el desprecio de quién? de los que han presenciado tu desgracia? puede ese desprecio alcanzarte fuera de ese círculo? no vuelvas á él jamás, y no tendrás de qué avergonzarte. El olvido del trabajo se vence con el buen deseo. La miseria! pero si eres rica, prima mia! mien-

tras que tú cantabas, yo me ocupaba en trabajar y guardaba cuanto podía: acepta estos ahorros, al propio tiempo que mi mano, y olvidarás desgracias imaginarias, poseyendo una dicha real y efectiva.

Hoy lo ha olvidado todo Victoria. Se encuentra casada con Juan, que tiene un taller de ebanistería bastante acreditado.

María habita con ellos y se dispone á ser madrina.

Victoria ha dejado á un lado los sublimes aires de la ópera; pero no deja de entonar sus alegres canciones, mientras prepara el hatillo para su primogénito.

La moral de este cuento se deduce fácilmente. ¡Cuántas jóvenes, como Victoria, cuya modesta vida no les satisface, sueñan con las glorias del talento, sin ver más que el resplandor que deslumbra! No saben el penoso trabajo, el perseverante valor que se necesita para llegar al fin. Ignoran á qué precio se compra la celebridad. Confunden el deseo con la vocación, la facilidad de dar una nota con las verdaderas facultades; pero la fuerza física y moral les falta en la lucha, y casi todas sucumben. Unas mueren miserablemente á causa del pesar; otras recorren todas las miserias hasta llegar á la ignominia, si no tienen una hermana como María ó un primo como Juan, para tenderles la mano; porque la que no ha recibido de Dios la chispa del genio para recorrer con planta segura tan difícil senda, no tiene otro remedio que extrañarse ó sucumbir.

El arte, dice el autor de este cuento, es como un caballo fogoso; huella con sus pies al que le toca sin domarlo.

J. DE D. RUIZ.

UN POLLO.

Qué es un pollo?—Un hombre chico, que ni es un niño ni un hombre; y tiene, porque os asombre, algo del hombre y del mico.

A. R.

REVISTA DIALOGADA

de la octava reunion de confianza, celebrada el sábado 10 de Julio.

I.

A LAS NUEVE.

Paso.—Me agrada mucho esta puntualidad. *Su señora.*—Nosotras, como siempre, más puntuales que los caballeros.

Sofía.—Es notorio que las señoras son las primeras, aquí como en todas partes.

Uribe.—No va conmigo esa censura; pues á las ocho estaba en tu casa para venir juntos.

Fernandez Gomez.—Protesto tambien por mí, que soy de la comision de recibo.

Luisa Marin.—Opinó como Sofía: concediendo, no obstante, que Vds. son la excepcion de la regla, y que nada hay que decir de la fina atencion de la junta de gobierno.

Paso.—Ya veo muchas señoras; los caballeros estarán en los otros salones. A bailar, que la música preludia unos *lanceros*!

Arce.—D. Nicolás: mientras bailan, vamos á arreglar un asunto que me interesa.

Paso.—Estoy á sus órdenes, amigo mio: tomaremos un sorbete.

Arce.—Como V. guste.

(Nos sirven flor de naranja y crema americana, en el salon paralelo al del teatro; allí hay muchos socios que disfrutan de la tertulia sin alejarse del jardín, cuya frescura consuela y cuyo aroma embelesa.)

Santa Cruz.—Se conspira, señores?

Arce.—Un poco, por mi parte, pues me voy á rebelar contra Vds.: ya se lo he dicho á Aureliano; no puedo hacer la revista de esta noche.

Paso.—Y por qué causa, queridísimo Leopoldo?

Arce.—Porque si yo las hago todas, van á resultar pesadas y de una insufrible monotonía.

Paso.—No tiene V. razon: todas sus revistas han gustado mucho, y por ello le dimos el encargo de redactarlas exclusivamente.

Arce.—Gracias por su benevolencia; pero dispénsenme, al menos, por esta vez.

Paso.—Bien: tome V. los apuntes, y mañana los arreglaremos entre los dos.

Santa Cruz.—Eso es; revista hecha en sociedad...

Mejía.—Por Paso, Arce y compañía.

Paso.—Exactamente: la hemos de redactar entre todos.

Santa Cruz.—Al salon; que va á cantar Blanes.

REVISTA QUINCENAL.

II.

A LAS NUEVE Y MEDIA.

España Lledó.—Me gusta Blanes por lo complaciente, y por la gracia y valentía con que canta.

Elisa Villalba.—¡Qué bien está sacando la cavatina de bajo de *Hernani*!

Arce.—Muy bien!

Todos.—Bravísimo! (Aplausos generales.)

Guillen.—D. Nicolás: hay esta noche mucho canto, y no debemos perder tiempo. Ahora corresponde que canten la Srta. Gomez Tortosa y Pepe Rubio.

Paso.—Encarnacion: ya sabe V. nuestro pacto solemne; vengo por V...

Encarnacion.—¡Ay qué miedo...! En fin, vamos.

Arce.—Perfectamente. Duo de tiple y barítono de *La conquista de Madrid*. Esa pollita será una profesora: Rubio es ya un maestro.

Paso.—Así me parece.

Elisa.—Lo mismo a todos. Oigan ustedes! (Aplausos nutridos y bravos entusiastas llenan todos los salones y duran largo espacio.)

La señora de Abarrátegui.—Estas reuniones mejoran de día en día: la de hoy ofrece dos novedades: Encarnacion y Rubio. No dejen Vds. de comprometerles para que canten más.

Abarrátegui, Paso, Arce y otros.—Lo haremos con mucho gusto, y ahora mismo.

Varios individuos de la junta.—Muchas gracias, Encarnacion: ¡podremos contar con su amabilidad para otras noches?

Encarnacion.—Pero... si soy una principiante...

Todos.—Aquí se ejercitará V., perderá el miedo y se estimulará con los aplausos que alcanza, los que serán mayores cada día.

Los mismos, (por variar).—Amigo Rubio, bien, muy bien! Estábamos deseosos de que nos honrara V. viniendo a nuestra tertulia, y nos favoreciese cantando; V. que es uno de los primeros aficionados de Granada...

Rubio.—Por Dios, señores; no merezco tantos elogios, y no sé cómo agradecer a ustedes...

España Campos.—Cantando mucho, en descuento de lo que, por causa de tu luto has tardado en venir.

Paso.—Habla V. como un libro, querido Pepe.

III.

A LAS DIEZ.

Mejía.—¿Qué es eso que tocan Guillen y Soria Santa Cruz?

Su señora.—El *andante de la 5.ª sinfonía de Beethoven*.

Benítez.—Música clásica, sublime!

La misma señora.—Basta, maestro: no se entusiasme V. tanto.

Toda la reunion.—Perfectamente tocado.

Santa Cruz.—Ahora oigan Vds. el cuarteto de *Rigoletto*.

Un desconocido.—¿Quién le toca?

Arce.—Elisa Villalba, por señas de que lo hace admirablemente.

Izquierdo.—Como todo lo que hace esa chica.

Paso.—Es una perla. Aplaudámosla mucho, que se lo merece. (Suena un aplauso ruidoso.)

Guillen.—¿Quién va a cantar ahora?

Espinel y Moya.—Cantará Ascencion; pero antes escuchemos, que va a leer Aureliano Ruiz.

Todos.—Oigamos, pues.

(Aureliano lee unas poéticas y galantes semblanzas de las pollitas que concurren a la tertulia, formando con las flores que las regala un hermosísimo ramillete. Tendremos ocasión de publicar estas bellas poesías, por las cuales recibe una completa ovación el director de nuestro periódico.)

Paso.—Ascencion: cuando V. guste...

Pollos y gallos.—¡Qué arrogante figura! ¡Qué magnífica voz! Muy bien cantada la cavatina de *Juana de Arco*!

Toda la reunion.—(Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos generales y persistentes.)

Guillen.—Rubio: ¿vamos con el aria de *Torcuato Tasso*?

Rubio.—Vamos allá.

Avelina.—Es un gran aficionado Pepe Rubio.

Arce.—Sí, es un aficionado de *primitivo* cartello. Saben Vds. que me ha hecho recordar al gran Aldighieri? (Aplausos nutridos y calorosas enhorabuenas. Todo muy merecido.)

Abarrátegui.—Los pollos quieren bailar.

Paso.—Que busquen parejas.

IV.

A LAS ONCE.

La mamá de Avelina.—¿Sabe V., amigo Paso, que debe estar muy satisfecho de estas brillantes reuniones?

Paso.—Lo estoy, por la parte de gloria que me pueda corresponder en esta gran reforma del liceo.

La misma señora.—Parece que esta noche no canta Martirio. Y Amalia Hernandez?

Paso.—Está ausente.

Avelina.—Oigamos; ¿a que canta Manuel Izquierdo el aria de barítono del *Tropador*. Le acompaña Benítez.

Abarrátegui.—Muy bien, Manolito.
Lanzagorta.—Chico, has estado feliz.
Arce.—Ahora va á tocar Eladia García unas variaciones sobre motivos de la *Sonámbula*.
Robustiana.—Esa niña toca como una profesora!
Arce.—Es una notabilidad! Oiga V. con qué aplauso premian su mérito.

V.

A LAS ONCE Y MEDIA.

(Blanes canta, con gran éxito, el aria de bajo introduccion del *Trovador*, y Rubio unas habaneras.)

España.—Tiene Rubio la gracia por arrobas cantando danzas. Pues, y el polo de *En las astas del toro*?

Todos.—Que le cante! que le cante!
 (Perfectamente. Sin hacernos olvidar á Blanes, Rubio canta como pocos.)

Lanzagorta.—Para gracias, las hijas del Genil. Ascencion, cante V. unas habaneras ó alguna cancion andaluza.

Ascencion.—Pero...

Paso.—Acceda V. á nuestras súplicas.

Arce.—Con qué gracia canta esta hermosa.
 (Prolongados aplausos y muchas voces que dicen: bravo! bravísimo!)

Andéiro. Ha dicho bien la señora de nuestro presidente: la reunion de esta noche es de las mejores que hemos tenido.

Abarrátegui.—Gracias á Vds. amigos míos.

Paso.—Y á V. sobre todo, que es el cimiento firmísimo del liceo.

VI.

Arce.—Oiga V., D. Nicolás: entré cuando bailaban unos *lanceros*; hay más de cuarenta parejas, y en seguida va la *virginia* final. ¿Quién se encarga de la fotografia de esta notable sesion?

Paso.—Vd., Aureliano, yo,... cualquiera, eso es sumamente fácil...

Arce.—Para los que saben hacerlo; que no todos...

Abarrátegui.—¿Aun no se acaba esto?

Arce.—Vean Vds. á Segovia, que deja de bailar y asalta valientemente el piano para que la *virginia* no tenga fin.

Abarrátegui.—Preciso es acabar.

Paso.—Voy á pedir los abrigos.

Arce.—Se concluyó? Ya era hora: la una menos cuarto.

Abarrátegui.—Hasta la próxima reunion.

Todos.—Qué tres horas y media tan agradables!

PASO, ARCE Y COMPAÑIA.

MIS APUNTES.

REVISTA DE LA REUNION DEL 24 DE JULIO.

1.º y 2.º Lanceros, dos tandas.

3.º Preludio y coro de introduccion de *I Lombardi*, puesto á cuatro manos para piano, por el maestro Sr. D. Miguel Lozano, y ejecutado por la bella Srta. D.ª Paulina Ruiz y el referido Sr. Lozano.

4.º Duo de baritono y bajo de *Attila*, por D. Restituto Santa Cruz y D. José Ayola, acompañados por D. José Espinel y Moya.

5.º *El Carnaval de Venecia*, puesto al piano por J. Schulof; interpretado por la hermosa Srta. D.ª Carmen Fernandez, discipula de D. Antonio Guillen.

6.º *La gran frase*, poesia del Sr. Paso.

7.º Cancion de baritono de *Entre mi mujer y el negro* por D. José Rubio, acompañado por su maestro de música y canto Sr. Guillen.

La sociedad pidió se repitiera, y el Señor Rubio, amable y complaciente, la repitió, y envió por otra pieza de canto más importante.

8.º Lanceros.

9.º Gran sinfonia de *Guillermo Tell* tocada al piano por D. Antonio Bethencourt, discipulo de D. Baltasar Mira.

10. Danza habanera, cantada por la Señorita D.ª Ascencion Rodriguez; y barcarola *El marinero*, que á ruego de la reunion, ansiosa siempre de escuchar á tan encantadora jóven, cantó acompañándose ella misma.

11. Cavatina de baritono de *Maria di Rohan*, por el Sr. Rubio, acompañándole al piano su profesor Sr. Guillen.

12. Virginia.

Ovacion, aplausos, entusiasmo, bravos, palmadas, felicitaciones.

Magnífico, admirable, sublime, delicioso.

Alegría, placer, encanto, perfeccion, aplomo, maestría, sentimiento.

Belleza, atractivos, cordialidad, finura, buen tono, confianza.

¡.....! ¿.....? ¡¡.....!!.....

Distribuid, benévolo lectores, estos justísimos calificativos entre mis desnudos apuntes; y dispensadme que no lo haya hecho yo, por el reducido espacio que me queda en el periódico.

El trabajo que os encomiendo, es bien sencillo; puesto que si gustais, podeis aplicar á cada uno cuanto apuntado dejo para todos, puesto que todos y cada uno merecen los elogios que recopiló.

LEOPOLDO E. DE ARCE.

GRANADA: IMP. DE PUCHOL.